

LA HUIDA BIOGRÁFICA
(Nuevas formas de la biografía,
nuevas representaciones del artista)

Cristian Crusat

p r e - t e x t o s

colección textos y pretextos

PRÓLOGO

LA IDENTIDAD ES UN ÁNGULO MUERTO

ES POSIBLE QUE LA BIOGRAFÍA sea la forma literaria más natural, la más obvia, toda vez que adopta y refiere el curso de una vida. Esto no significa, sin embargo, que deba asumirse ingenuamente ninguna «ilusión biográfica» en virtud de la cual nuestra vida se conduciría como un todo coherente u orientado. Dichas narrativas periclitaron hace mucho tiempo; fueron repudiadas por aburridas y asequibles tras la liquidación del empirismo realista. Pero si bien los márgenes del relato biográfico quedan estrictamente demarcados por los consabidos límites de toda vida humana, también es cierto que los modos por los que se otorga sentido a los acontecimientos humanos cambian y se renuevan con frecuencia. Y esto, aunque no lo parezca, forma parte de las atribuciones esenciales de la literatura (y de los propósitos de este trabajo crítico y comparado).

En efecto: un libro no sólo incluye lo que dice, sino también, como afirmó Antonio Tabucchi, aquello que los lectores buscan en su lectura (Gumpert, 1995, p. 35). Análogamente, una vida no contiene únicamente lo que hacemos; está de hecho integrada por lo que no llegamos a hacer, por lo que soñamos hacer. Así empieza el poema «Mañana de Pascua», de A. R. Ammons: «Tengo una vida que no prosperó, / que se hizo a un lado y se detuvo, / anonadada: / la llevo en mí como una gravidez o / como se lleva en el regazo a un niño que / ya no crecerá o incluso cuando viejo nos seguirá afligiendo [...]» (Ammons,

2013). Como dijo Marcelo Cohen (2016, p. 74), el poema de Ammons –a pesar de su aparente tono lúgubre– no convoca a un gemelo muerto, sino que habla del encuentro imprevisto con el extranjero que llevamos dentro; o, más concretamente, con el cadáver resurrecto de alguna de nuestras posibilidades eliminadas: esa gravidez que nadie puede negar y que la escritura biográfica, mediante diversas estrategias, ha explorado de manera tan imaginativa y penetrante.

Los acuerdos ficticios establecidos en relación con los orígenes y los fines se modifican y reelaboran ininterrumpidamente, así como el propio mundo social donde se integran. En una sociedad para la que la identidad consiste en un devenir continuo, caprichoso y transferible, resulta ya muy difícil identificar la normalidad (y por ende la praxis biográfica) con la constante fidelidad a uno mismo; con un ser previsible, inteligible, unívoco. La identidad, hoy en día, es un hipotético, eventual puerto de arribada: «La obsesión cultural con la invención y la reinención del yo no son sino un síntoma de que el hombre se siente prisionero en su propia piel. [...] El hombre se ha convertido en su propio juguete favorito. Y se ocupa en hacerse y deshacerse, en inventarse y reinventarse. Por eso, todas las grandes utopías y todas las revoluciones se han fundido en una sola: en la revolución de la idea del propio cuerpo, de la propia imagen, de la propia persona, en el sentido etimológico del término» (Ugresič, 2004, pp. 155-156). Sólo durante la primera década del siglo XXI, diez millones de personas «cambiaron» de raza o de etnia en los formularios gubernamentales de Estados Unidos: no pasaron por ningún quirófano, tan sólo se autopercibieron de un modo distinto en relación con sus orígenes. Para lo anterior (para la vieja ilusión normalizadora y unívoca, obcecada en ignorar esas vidas que no prosperaron en nuestro interior pero que tanto nos determinan) quedan los documen-

tos oficiales y los *curriculum vitae*, artífices últimos de la noción de trayectoria, definitivamente a la deriva en las revueltas aguas sociales.

La literatura, por su parte, debe aspirar a poner de manifiesto la pluralidad de yoes que nos constituyen y que no pueden reflejarse en un sintético legajo burocrático. «Los seres humanos “tienden” a realizarse, quiero decir, a ejecutarse y manifestarse, desde la multiplicidad. No existe un yo totalizador que cubra todo lo demás, todas las contradicciones y componentes internas; y si lo hubiera, seguiría existiendo ese demás totalizable» (Guillén, 2007, p. 16). Cumple oponer a la tiranía del monismo, a sus aspiraciones panópticas y simplificadoras, las tareas diferencialistas de la pasión y la curiosidad. Y, sin embargo, la aporía se ha alzado aparentemente como método de conocimiento e inesperado norte; la vida como aporía, es decir, como ausencia de camino. Frente a este panorama, la narrativa biográfica parece haber asumido que la literatura es, ante todo, un hecho de lenguaje y una forma de sentir. Adoptan los seres humanos –al menos textualmente– la forma del lenguaje que utilizan. Sí, mientras el mundo tecnológico circundante aspira a convencernos de que todo puede ser conocido, explicado y esclarecido, la literatura debería contraer la obligación moral de cuestionar algo así. Ni las verdades se alcanzan tan fácilmente ni existe una única voz (ni siquiera dentro de nosotros mismos): «La bipolaridad es una grave enfermedad psíquica porque reduce la normal descomposición del hombre en muchos pequeños seres al miserable número de dos», declaró irónicamente, en uno de sus magníficos aforismos, el polaco Stanisław Jerzy Lec (2014, p. 104).

En esta encrucijada histórica la escritura de biografías ha cobrado un notable auge. Para este género, el hombre sigue siendo, no sólo el más irremplazable de los seres, sino el *ens*

realissimum, la más real de las realidades (Bourdieu, 1986, p. 72); es decir, un auténtico misterio. En una época hambrienta de realidad, en el seno de una humanidad que ha perdido la experiencia –emplazada esta voluntariamente ya fuera del hombre–, la biografía se ha convertido en un género dúctil, bipolar e ineludible: filigrana (auto)biográfica, vuelta al (y del) sujeto en la literatura, asunción de la identidad como transformación perpetua, susceptible incluso de ser elegida, corregida e *imaginada*. No debería sonar tan raro. Es probable que al optar por una obsesión para su biografiado el autor revele algo de sí mismo; los trampantojos naturalistas son incompatibles con el archipiélago de almas que nos conforman. En efecto: al igual que ha sucedido en la propia Historia desde el año 2001, la realidad se ha introducido en la literatura de una forma agobiante, extraña y oblicua.

La biografía representa un molde narrativo paradigmático en relación con esta tendencia, a la que ha sido especialmente sensible. Asimismo, al referirse al curso de una vida pasada, el género biográfico goza de la mayor autoridad literaria concebible, según Walter Benjamin: la muerte. Comparable a un fuego en el que los lectores templaran agradablemente sus manos, la muerte le proporciona al biógrafo toda su autoridad como escritor (Wood, 2015, p. 19). Ese inevitable final de toda vida narrada moldea su trayectoria general, haciéndola visible y, sobre todo, transmisible. Se acomodaron tradicionalmente a este patrón las biografías de los pensadores y filósofos, cuyos postremos gestos o últimos momentos suelen ser edificantes, alegóricos o sentenciosos; a veces, incluso, constituyen una breve charada existencial. Empédocles asciende al cráter del Etna y desaparece, dejando únicamente el rastro de una sandalia retorcida por el fuego; tras observar a un asno comiéndose unos higos,

Crisipo sugiere que al punto se le ofrezca un poco de vino y, regocijándose con la escena contemplada y su propia ocurrencia, sufre un ataque de risa mortal.

La biografía –se decía unas líneas más arriba– representa un molde narrativo paradigmático en relación con las problemáticas relaciones entre la dizque realidad y la literatura. Articuladas como un cuadríplico, las cuatro partes de este libro aspiran a configurar una exhaustiva panoplia de las más interesantes líneas de fuga del género biográfico entre los siglos XX y XXI (lo cual equivale a decir del arte narrativo, esto es, del texto entendido como el espacio de exploración de la escritura y de los problemas de articulación de un ser en el mundo). Las poéticas biográficas desarrolladas por los autores aquí analizados (W. G. Sebald y Pascal Quignard, Pierre Michon y Antonio Tabucchi, Max Aub y Ricardo Menéndez Salmón, Stefan Hertmans y J. G. Ballard) constituyen ocho decisivas contribuciones a la más singular y excéntrica veta del monolítico bloque de la tradición biográfica. Dicha veta, caracterizada por su naturaleza declaradamente ficticia, dio inicio en el siglo III de nuestra era con las *Vidas de los filósofos ilustres* de Diógenes Laercio, amenísima recopilación de anécdotas, noticias curiosas, hechos y opiniones de filósofos en la que se conjuga con destreza una ingeniosa amalgama de *doxa* y *episteme*, peripecia y opinión, detalles pintorescos y creencias disparatadas. Otro jalón en el curso de esta tendencia son las *Brief Lives [Vidas breves]* compuestas por John Aubrey en la segunda mitad del siglo XVII, durante el complejo entrecruzamiento de medievalismo y modernidad propio de la «Edad de Hobbes». Esta delgada y centelleante vena de mercurio que atraviesa el género biográfico se prolongará con la gigantesca *Life of Samuel Johnson [Vida de Samuel Johnson]* (1791) de James Boswell, cuajada de anomalías, rarezas y chifladuras del personaje biogra-